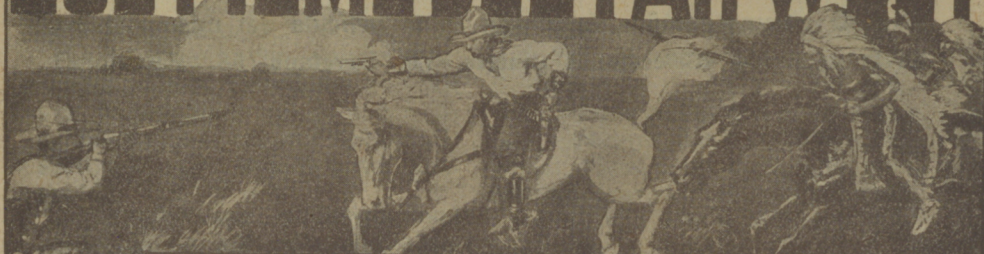


LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 24 EL FANTASMA DEL RANCHO 15 cts.



Jack Gers en otro lance con un vengativo Kenton...

EL FANTASMA DEL RANCHO

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinæ», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

I

ESTE mes se cumplirán treinta años que un O'Brien, mi buen padre, perdió la vida de una manera misteriosa; mejor dicho, un brazo asesino se la quitó...

»¡Aquel brazo pertenecía a un Kenton, nuestros vecinos aborrecidos, nuestros eternos enemigos! El dolor me volvió loco, a mi corazón lo abrasaba la sed de venganza...

»¡La sangre de mi padre pedía sangre; su muerte, otra muerte! Yo quería castigar al culpable, yo quería preguntar al infame que me había dejado huérfano, qué motivos podía haberle dado su víctima para hundirla en la eterna noche...

»¡Porque mi padre, y por lo tanto tu abuelo, querido Renato, era el mejor de los hombres!...

»¡No pude conseguir mi ardiente afán; no me fué posible conocer al execrable matador!... Ebrio de furor, apenas hube abrazado al muerto querido, besado su helado rostro, y orado por su alma al mismo tiempo que, como si pudiera oírme, juraba vengarle, monté a caballo y partí como un rayo hacia el rancho de los Kenton...

»Por el camino me crucé con uno de ellos; entonces sentía que me subía al cerebro como una oleada de

vapor abrasador, una nube rojiza velaba mis ojos. No, no recuerdo ahora, no lo he recordado nunca, ni jamás lo recordaré con exactitud cómo ocurrieron las cosas, ni lo que hablé, ni lo que hice...

»Sólo me es dable referirte, hijo mío, las consecuencias de aquel encuentro; una hora después mi rival era recogido con una mortal herida a la que sobrevivió ocho días solamente.

»En tanto, yo había enterrado al autor de mis días en la sepultura que tantas veces hemos visitado juntos, sin dar parte a la justicia... Los Kenton hicieron lo mismo cuando mi contrincante cerró los ojos para siempre... La justicia no supo jamás de estos hechos...

»Tu buena madre—prosiguió el ranchero O'Brien, exhalando un profundo suspiro—, al enterarse de la tragedia que se había desarrollado bajo este cielo majestuoso e incomparable del Oeste, cuando se enteró porque mis labios, sin el freno de la voluntad, hablaron al renovarse los hechos ocurridos bajo el imperio del sueño, quedóse horrorizada.

»Era una santa mujer, como sin duda no hay otra más excelsa en la región celeste donde mora desde que nos abandonó a nosotros...

»Era más ángel que mujer, por su bondad, por su misericordia y,

además, por su belleza incomparable...

»Y su excelso corazón no sabía de odios y rencores...

—¿Qué has hecho, amado mío? —preguntóme mirándome con los ojos desorbitados por el horror, librándome de la tenaz y terrible pesadilla—. ¿Has matado a un Kenton?

—¡Cierto es! —le respondí recordando el espantoso sueño en que con tanta exactitud y realidad y en unos instantes yo había vuelto a vivir las horas de dolor y de cólera y de venganza pasadas.

—Has matado...—balbuceó.

—¡He castigado! —repliqué—. He vengado la muerte de mi padre...

—¡Desgraciados de nosotros!—dijo ella elevando sus bellos ojos azules a lo alto—. ¡Ay, esposo mío! ¿Por qué has arrebatado a Dios el castigo del culpable? ¡Desgraciados de nosotros—repitió, y sus palabras me parece oírlas todavía...—porque el porvenir ya no nos reservará la inmensa y completa dicha que parecía brindarnos!

»¡Procuré consolarla; me esforcé en convencerla de que mi venganza era justa, santo mi odio...

»Pero tenía razón; sus palabras estaban inspiradas en un don profético...

»Hoy, hijo mío, que ya me encuentro en la vejez, te refiero estos lances para que medites sobre ellos y ajustes tu conducta a los dictados de tu conciencia y a los impulsos de tu corazón...

»¿No juzgas preferible olvidar y perdonar?

—¡Hay agravios y ultrajes, padre mío, que no pueden perdonarse ni olvidarse!

El rostro del viejo O'Brien resplandeció de alegría y de orgullo,

y contemplando con fiera expresión al mayor de sus dos hijos—el otro era una bellísima y dulce muchacha de diecisiete años—, exclamó:

—¡Eres de mi casta! ¡Un O'Brien de pura sangre! ¡Si, hijo, los agravios hay que castigarlos como se deben agradecer los beneficios y favores! ¡Este es el código de todo hombre honrado, valeroso y digno!

—¡Además, los Kenton son sencillamente odiosos!

—¿Aborreces, pues, a esa mala raza?

—¡Con toda mi alma! ¿No se lo merecen? ¡Nos hacen cuanto daño pueden, nos difaman y denigran por doquier!...

—Ellos son muchos... forman una familia numerosa, en la que figuran seis varones ya hombres hechos... y no digo derechos, porque todos, todos son aviesos y pérfidos y malvados... todos ellos tienen el alma torcida...

»¡Y tú, el día en que se enfríe mi cuerpo, quedarás solo contra esa cohorte de enemigos!...

Al decir esto, el noble y austero semblante del viejo O'Brien se ensombrecía.

Siguió a sus palabras un corto silencio, que aquél fué el primero en interrumpir diciendo:

—¡A veces pienso que quizás fuese lo mejor abandonar la comarca, vender el rancho y trasladarnos a una ciudad lejana y floreciente del Este! Somos inmensamente ricos y si tu dulce hermana... que tanto quiere la tierra donde ha nacido, creyese que también pisando otros suelos, admirando otros cielos, tratando otras gentes se puede ser feliz, entonces...

—Flora, padre mío —interrumpió Renato—, no querrá alejarse de aquí... Mejor dicho, le obedecerá a

usted, pero yo sé que no viviría contenta y satisfecha en parte alguna del mundo...

—¡Y mi más intenso anhelo consiste en que tanto tú como ella llevéis una vida grata, holgada y sin peligro!—dijo el rico ranchero exhalando un profundo suspiro de desaliento.

—No se inquiete usted ni se atormente — le recomendó su hijo—, por nuestro porvenir.

—Cuando uno se acerca a esa edad tan triste y lamentable que se llama vejez, no puede menos que preocuparse por los seres queridos de los que en un plazo más o menos largo habrá de separarse para siempre...

—¡Esa fecha tardará mucho en entristecernos a mi hermana y a mí! ¡No piense usted en ella, querido padre, e interrumpamos esta conversación que tan penosa es para usted y para mí!

»¡Al diablo los recuerdos abrumadores y dolorosos! ¡Al diablo los Kenton! ¡Me siento con coraje y fuerzas para tenerlos a raya! ¡Por lo tanto, tendrán buen cuidado de intentar contra mí ninguna alevosía... porque ya saben ellos que tengo el ojo certero y el genio pronto, y si me obligasen en alguna ocasión a empuñar el revólver, en el relampagueo de unos instantes, al través del cuerpo de dos o tres de ellos, podría verse la luz del día!

»¡Sin embargo, mejor es evitar toda disputa y toda reyerta con esa gentuza, para no tropezar con el Código penal, con el juez y con el presidio!

—¡Tienes razón, hijo mío! Me enorgullece oírte hablar así, eres prudente sin cobardía; valeroso sin jactancia; digno sin doblez... Un O'Brien de pura raza...

»¡Dame un abrazo!

Padre e hijo se estrecharon el uno contra el otro sonriendo, pero profundamente emocionados.

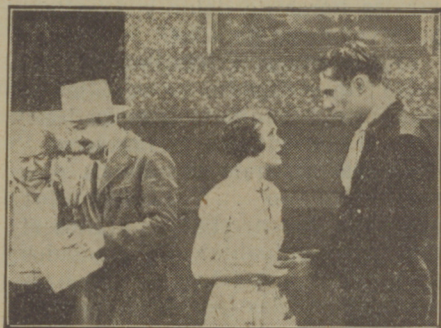
En seguida propuso Renato:

—Para olvidar los negros recuerdos que ha evocado usted, voy a proponerle una cosa...

—¿Cuál?

—¡Ir al teatro!

—¿Al teatro? ¿Aquí? — exclamó el viejo ranchero con cierto asombro.



Jack Gers y Flora O'Brien se aman con locura.

—¡Sí, querido padre! En el poblado cercano esta noche da una función una compañía de cómicos ambulantes... Representan un drama titulado *Entre nieve y cielo*, cuya acción se desarrolla en el Canadá...

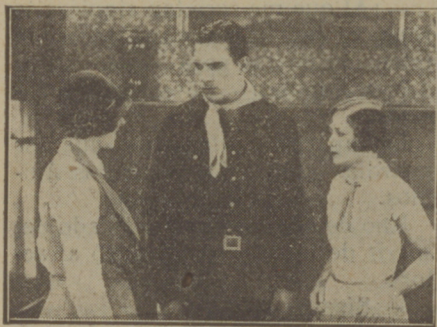
»Cuando esta tarde regresaba al rancho me enteré de esta novedad y hasta sostuve una conversación con uno de los actores: un muchacho joven y bien plantado... que dejó hace un par de años la profesión de vaquero para compartir las aventuras, triunfos y penalidades de unos cómicos que cruzaron cerca del rancho donde él trabajaba...

» ¡A lo que parece, ya está algo arrepentido de haber creído que la gloria y la riqueza, con los esplendores y comodidades que puede brindar, se pueden conseguir fácilmente hablando y gesticulando ante un auditorio y en un mezquino tablado...

» ¿Qué le parece a usted mi invitación?

— ¡La acepto!

— ¡Qué contenta se pondrá Flora cuando se lo diga!



Una hermana de los Kenton insultó al fiero cow-boy...

— ¡Pero démonos prisa, porque va a anochecer y nos separan muchas millas del pueblo!

— El *auto* que yo *mando* con pulso firme y seguro, nos llevará en media hora escasa...

II

Era verdadera la breve noticia que sobre el principal de los actores de aquella compañía farandulera le había dado a su opulento progenitor Renato O'Brien.

Llamábase el tal Jack Gers, y era lo que se llama un buen mozo en toda la extensión de la palabra.

Experto caballista, como buen hijo del Oeste, Jack imaginó alcanzar en breve tiempo lo que el destino, haciéndolo nacer en la humilde morada de unos *cow-boys*, no le concedería jamás si no cambiaba de vida, es decir, celebridad y dinero...

Pero a la sazón, los desengaños habían abatido ya sus energías y destruido sus ilusiones... Hambres y privaciones y agobios de todas clases eran el pago con que la adversa fortuna, esa diosa de los ojos vendados que de un modo tan injusto suele elegir sus favoritos, había recompensado los entusiasmos, la energía y el talento de Jack Gers...

Y muchas veces, llena el alma de añoranza, preguntábase si no sería preferible volver a su antigua profesión, y pasar la vida en contacto con la sana y jocunda naturaleza, guardando ganado, herrando y marcando terneros y domando potros...

¡Cuán ajeno era el amargado y apuesto comediante a pensar que aquella noche las poderosas fuerzas del destino trabajaban, trabajaban, a imitación de las brujas de Macbeth, para sacarlo de la penuria y la pobreza!

Porque si en el final del drama en que él encarnaba el papel central, el del fugitivo Thompson, que a consecuencia de una disputa mata involuntariamente a un hombre, y para librarse del duro y terrible castigo de la justicia se refugia en el remoto Canadá, al comienzo del período de las nieves, y allí, en una cabaña de aquel horrible desierto de hielo vive solo, casi enloquecido por la soledad y el silencio que lo envuelve hasta que se presenta a prenderlo el terrible, tenaz y cruel

policía Sullivan, un hombre cuyo corazón no conoció el miedo y la piedad, al que consigue vencer y deja en su cabaña atado, mientras él se escapa en el trineo arrastrado por una recua de canes, sin saber dónde ir; si tan emocionante lance no hubiera provocado la risa a un Kenton y sugerídole la idea de hacer víctima al actor de una chanza brutal, arrojándole una bola de papel que hizo blanco en el guapo y varonil semblante de Gers, las cosas habrían seguido otro curso bien distinto del que entonces iniciaron.

Viendo su acierto, el joven Kenton soltó una sonora carcajada, a la que hicieron coro las risotadas de la cuadrilla de amigos y servidores que solía escoltarlo y aplaudir los abusos de su detestable carácter.

Pero no era el escarnecido actor hombre que se guardase un agravio de esa índole, y saltando del escenario a la platea del pequeño teatro como un león, se abalanzó contra el joven Kenton, apuñeando y derribando a cuantos quisieron cortarle el paso...

Luego... abofeteó al insolente.

La que se armó allí no es para descrita; los hombres vociferaban, unos indignados y enfurecidos, defendiendo al actor, otros lo insultaban y escarnecían.

Algunas de las escasas mujeres que a la función asistían, se desmayaron.

Flora O'Brien, que, con su padre y su hermano, presenciaba el incidente, exclamó de pronto horrorizada:

—¡Van a matarlo, van a asesinarlo!

En efecto, uno de los *cow-boys* al servicio de Kenton, se había sacado el revólver con intención de

hacer fuego contra el valeroso y encolerizado mozo cuyos puños no cesaban de aporrear a sus rivales.

Parecía mentira que un hombre solo tuviese tanta destreza y tanta fuerza para defenderse con éxito de tan compacto grupo de enemigos.

La voz de la hermosa Flora hizo que Jack Gers se diese cuenta del peligro que corría su vida; entonces con la rapidez del rayo asestó al *cow-boy* un puñetazo en pleno rostro, mientras con la mano izquierda le arrebatava el arma.

—¡Al que me roce tan siquiera la ropa, al que mueva un brazo con intención de amenaza—tronó la voz del ex vaquero—, le encenderé los sesos!

La aparición de unos cuantos guardias aplacó los excitados ánimos.

Uno de ellos, primer delegado del *sherif* de la comarca, ordenó al actor:

—¡Sígame usted!

—¿Adónde?

—¡Ya lo sabrá luego! Obedezca sin chistar.

—¡No quiero obedecerle!

—Entonces, me verá obligado a amanillarlo y conducirlo a la fuerza, atado a la cola de mi caballo, a presencia del *sherif*.

—¿Yo preso como un criminal? —aulló Jack, en quien se despertaban sus violentos y primitivos instintos de *cow-boy*—. ¡Jamás verán ojos humanos a Jack Gers amanillado como un criminal y conducido dócilmente a la cárcel como una res al matadero!

»¡Que nadie lo intente!

El pequeño teatro se había ya quedado casi desierto; los espectadores, tanto los que habían huido de él, aconsejados e impulsados por el miedo, como los que aún quedaban,

estaban seguros de que el drama que se iba a desarrollar allí sería muy distinto del que interrumpiera la pesada broma de Kenton, si quiera el principal papel lo desempeñaría también el mismo actor.

La actitud fiera y resuelta de Jack desconcertó a los representantes de la autoridad. ¿Qué hacer? Interrogáronse con la mirada...

Sólo Dios sabe cómo habría terminado la cosa, si no se le ocurre a Renato O'Brien intervenir.

Y acercándose al delegado, le dijo:

—¡Yo respondo de este hombre! ¿Me conoce usted a mí?

—Sí, señor; sé que se llama usted O'Brien.

—¿Le parece, pues, aceptable mi promesa?

—Yo tengo que cumplir con mi deber, deteniendo a este hombre...

Kenton y sus secuaces, algo apartados, presenciaban este coloquio con los ojos inflamados de odio y los ensombrecidos rostros rígidos de cólera; la mediación de O'Brien, desataba en el primero de aquéllos el odio ancestral que le habían transmitido, a cuya funesta herencia no podía tal vez sustraerse.

Renato insistió:

—¡Deje usted a este hombre en libertad y le doy mi palabra de acudir mañana con él a casa del *sherif* a la hora que usted designe!

Siguió un corto silencio, tras el cual, el delegado, meneando la cabeza repuso:

—Quizás hago mal en complacer a usted... Pero, en fin, acepto... Mañana a las doce nos veremos en presencia del *sherif*...

Esto diciendo, hizo una seña a sus subordinados, y luego dijo:

—¡Que se marche todo el mundo de aquí!

Comentando bulliciosamente lo ocurrido, los testigos de esta escena salieron a la calle.

En ella engrosaron los varios grupos que esperaban el desenlace de lo ocurrido.

Jack Gers se precipitó hacia su defensor, exclamando:

—¡Gracias, señor, gracias con toda el alma, pues yo le juro por lo que más respeto, que esos hombres de la justicia no me habrían sacado de aquí con vida!

—¡Con su juventud y su energía y sus esperanzas, eso hubiera sido un disparate!

—¡Mis esperanzas! — murmuró Jack con amargura—. ¡No tengo ya ninguna! ¡Han muerto esta noche! ¡Han muerto para siempre!

»¡En fin, señor, ha dado usted su palabra y, por mi parte, estoy dispuesto a hacer lo que usted me mande para que la cumpla!

—¡Venga conmigo! — invitó Renato reuniéndose con su padre y con su hermana.

Gers echó a andar tras él silencioso y sombrío. Unos momentos después se hallaba junto a su defensor, que empuñaba el volante, mientras la hermosa Flora y su padre se acomodaban dentro del veloz vehículo.

Trepidó éste como un monstruo jadeante y partió como una flecha.

III

Una hora después, nuestros viajeros se hallaban en el rancho. El viejo O'Brien y su radiante pimpollo separáronse de Renato y del guapo y bravo Gers.

—Antes de retirarnos a descansar, hemos de hablar cuatro pala-



El fracasado comediante convertido en capataz del rancho O'Brien.



Jack Gers demostraba ser tan buen capataz como caballista...

bras...—dijo aquél—. ¿Es usted tan laborioso y honrado como valiente? ¡Yo supongo que sí! Le supongo además dotado de otras buenas cualidades, merced a las cuales no le sería a usted difícil labrarse un porvenir, si no fastuoso y brillante, por lo menos lleno de sosiego...

»¡Pero habría usted de renunciar a la vida de comediante!

»¿Qué contesta?

—Meditaré esta noche... y mañana le daré a usted una respuesta bien pensada y definitiva...

—Sea como usted quiere... Ahora le enseñaré la habitación donde se albergará usted.

—¡No se moleste, señor! Pasaré la noche al raso, como tantas otras

EL FANTASMA DEL RANCHO



El valeroso mozo vióse en el umbral de la muerte.

Interpretación del
amoso caballista

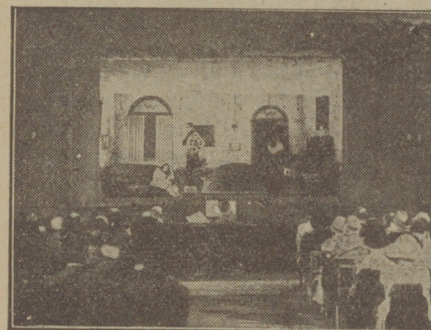
TOM TYLER

el pequeño
y salado acto:

CHISPITA

y el perro

VIVALES



La sala del teatro donde ocurrió la primera lucha de Jack...

de mi vida... contemplando el cielo cuajado de estrellas, respirando el aire sano y libre... como cuando era vaquero...

—¡Cómo! ¿Usted es...?

—Un *cow-boy*, un auténtico y verdadero *cow-boy*, que soñó y ha vivido dos años soñando que era un gran actor. Pero hoy he despertado y soy... un rudo y salvaje *cow-boy*.

»¡Cuánta desesperación y amargura vibraban en estas palabras! No más intensas, empero, que las que, fiel espejo de su alma, se pintaban en su guapo rostro y se asomaban a sus grandes y profundos ojos negros...

—¡Entonces... entonces... — dijo

O'Brien—nos entenderemos perfectamente! Usted será mi servidor y, además, mi amigo, más esto que lo otro. ¿Acepta?

—Con el corazón inundado de gratitud.

—¿Y desea pasar la noche al raso?

—Sí, no podría dormir — repuso Jack sin un átomo de jactancia—, y creo que el tiempo transcurrirá más grata y rápidamente para mí estando despierto, paseando por estas rumurosas alamedas.

—¡Parecerá usted un fantasma! —opinó Renato sonriendo.

—¡Quizás no soy otra cosa que un fantasma, una sombra de mí mismo! ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

Y Jack Gers se alejó porque estaba hambriento de soledad y de silencio.

Anhelaba meditar sin ver un rostro humano, ni oír una voz humana, envuelto en las sombras densas de la noche...

Pero no lo consiguió sino a medias.

Porque en la obscuridad de las tinieblas vió con frecuencia un rostro aninado, candoroso y divino, cuyos ojos azules parecían mirarlo con interés, compasión y ternura...

La radiante y fantástica visión llegó en cierto momento a asumir contornos tan reales, que Jack creyó poderla hablar y tocar con sus propias manos.

Una vez que este intento devolvió a su exaltada mente la noción de la realidad y la certeza rotunda de su soledad, exclamó:

—¡Pobre loco! ¡Pobre alma soñadora y necia! ¿Por qué forjas tan absurdas ilusiones, por qué excitas mi imaginación y adulas mi corazón con tan quiméricos deli-

rios? ¡Jamás los ojos célicos de la hechicera criatura que te ha deslumbrado esta noche, te mirarán con amor! ¡Jamás oírás de sus labios palabras de amor! ¡Jamás sus manos te acariciarán con amor!

IV

Ocho días después de los hechos que hemos referido, reinaba en el rancho de los Kenton una excitación furiosa.

Lo que había ocurrido aquella tarde no podía tolerarse y clamaba venganza.

El nuevo criado del rancho de O'Brien, aquel comicastro, aquel pelón que no tenía donde caerse muerto, había hecho víctima de sus potentes puños a otro miembro de la familia.

Narremos brevemente lo sucedido.

Jack Gers conducía una manada de terneros que desmandóse y peneró en una de las praderas del rancho Kenton.

Este lance no tenía ninguna importancia; un sin fin de veces habíales acontecido algo parecido a los vaqueros de los peligrosos vecinos y rivales de los O'Brien, y nunca éstos, a pesar de saber que obedecía al afán de molestarlos y causarles perjuicio, buscando, al mismo tiempo camorra, habían tomado muy a pechos, como vulgarmente se dice, aquel abuso.

Sin embargo, la rivalidad y el encono de las dos familias eran compartidos por sus numerosos servidores y en más de una ocasión éstos se habían atacado a tiro lim-

pio, quedando en la pampa o en el monte alguno de ellos sin vida.

En el caso que relatamos, se hallaba uno de los Kenton conversando con varios de sus *cow-boys* cuando vió los inútiles esfuerzos de Gers para conducir sus indóciles terneros.

— ¡Fuego del infierno! ¿Quién es ese busardo? Parece aquel cómico a quien llamamos el *Fantasma del Rancho*, ¿verdad?

— ¡Lo es! — respondió alguien.

— ¡Pues duro contra él! ¡Seguidme! ¡Vamos a cascarle los huesos, no dejándole uno sano en todo su cuerpo maldito!

» ¡Y como se os encoja el ombligo, seréis unos pelones sin agallas!

Uniendo la acción a la palabra el enfurecido Kenton partió al galope en dirección de nuestro héroe.

Excusado es decir que éste comprendió en seguida el peligro que se le venía encima, y dispuesto a hacerles frente, esperó que se acercasen sus enemigos en la actitud serena y quieta del que nada teme.

El primero en llegar a su lado fué el propio Kenton, vociferando con estridor:

— ¿Qué haces tú aquí en mis pastos, hediondo vagabundo? ¿Es que quieres quedarte sin las orejas que adornan tu cara de histrión? ¿Imaginas que a nosotros se nos puede saquear, obedeciendo a tu amo, sin correr el riesgo de perder el pellejo?

» ¡Eh, muchachos! ¡Escarmentad a este coyote como se merece!

Jack Gers avanzó unos pasos sin pronunciar palabra hacia Kenton, con el brazo derecho encorvado, y cuando lo tuvo al alcance de sus demoledores puños, capaces de acotar un ternero, con la mano izquierda y con una rapidez tan prodigiosa como su precisión, asestó

un zarpazo a su enemigo en pleno mentón.

Tambaleóse Kenton, lanzando un alarido de cólera y de dolor, pero un segundo puñetazo lo hizo callar y caer al suelo como herido por el rayo.

Seguidamente el formidable vaquero esgrimió su revólver y con voz fuerte, dominadora, con su mirada de fuego fija en sus enemigos, les dijo:

— ¿Cuál es la orden recibida?... ¡Cumplidla si os atrevéis! ¡Pero antes escuchad la voz de un hombre que os va a hacer esta advertencia: el primero de vosotros que pestañee, caerá en la pampa patas arriba!

» ¡Nada más! ¿Hay alguno de vosotros que no lo crea y se juzgue con bastantes riñones para *foguearse* conmigo?

» Que ese tal se separe de los demás unos pasos y empuñe su revólver... ¡Lo matará una bala del mío, tan cierto como nos alumbra el sol... pero quiero que tenga la posibilidad de matarme a mí!...

A estas palabras siguió un silencio. La media docena de hombres que formaban en aquella ocasión el séquito de Kenton, permanecieron inmóviles en su sitio.

— ¿No hay ninguno, pues, que acepte mi reto? ¡Entonces, cara a cara, os desafío a todos!... ¡Pronto! ¡Empuñad las armas!

Salían estas palabras como el bramido de una fiera de la garganta de Jack Gers, y tan asustador era su aspecto, que dos de aquéllos, invadidos por un espanto repentino, retrocedieron unos pasos echándose luego a correr.

El miedo es el más contagioso y poderoso de los sentimientos del

hombre, por lo cual nada tiene de extraño que los demás criados de Kenton imitasen el ejemplo de sus compañeros.

¿Por qué habían de *foguearse* con aquel hombre que era, como ellos, un *cow-boy*, el más valiente de los *cow-boys*, y que no les había hecho daño alguno?

Además, no le tenían rencor alguno; al contrario, sentían cierto orgullo de pertenecer a su misma casta y profesión.

V

Gradualmente y merced al temerario coraje del antiguo comediante, el viejo O'Brien llegó a conocer un sosiego y una tranquilidad que nunca había disfrutado su corazón.

Un mes después llamaba a Gers a su despacho.

—¡Tengo que enterarte de algo que sin duda oirás con júbilo!

La poderosa figura del *cow-boy* permaneció inmóvil.

—¡Se refiere a tu porvenir!

El fino oído de Jack percibió en aquel momento el leve rumor de unos ligeros pasos que se detenían junto a la puerta.

El viejo O'Brien añadió:

—Desde este momento quedas nombrado capataz principal del rancho... Estoy seguro de que mirarás por mis intereses lo mismo que yo y que mi propio hijo...

»En unos días, querido Jack, has conquistado nuestra confianza completa y nuestro sincero afecto...

»Todos te queremos, pues... ¿Y cómo podría ser de otro modo si eres tan noble y caballeroso, a pesar de tu pobreza? ¿Cómo podría

ser de otro modo si por nuestra hacienda y nuestro buen nombre has llegado a arriesgar la vida enfrente de los que en el odio que los enloquece, en el ardor de venganza que los abrasa, quisieran vernos en la miseria y exterminados como alimañas?

»El otro día, según me han dicho, castigaste la procaz insolencia de otro de los Kenton, cuya lengua de víbora habló no sé qué infamias de mi adorada hija, el ángel de bondad y dulzura que me recuerda el que perdí hace años, la inefable compañera de mi vida, su santa madre...

—No tuvo aquello mérito ni valor alguno—repuso Jack Gers, sonriendo con sencillez—y cualquiera otro hombre hubiera hecho lo que yo en mi lugar...

—¡Bah! No quites importancia a aquel lance en el que, como en otros varios, pusiste en peligro tu misma vida...

—¡La vida de un humilde y rudo *cow-boy* como yo no vale gran cosa!

»¡Esta vida quizás ya se habría consumido y apagado si aquella noche su hijo Renato no hubiera mostrado interés por ella!...

»Contraí entonces una deuda de gratitud que no he saldado aún...

—¡Tu deuda está pagada con creces, Jack — rebatió el señor O'Brien—, y hay un saldo tan grande a tu favor que yo no sé cómo abonarlo!...

»—¡No es ésta una opinión mía tan sólo! Lo mismo piensan Renato y Flora, mis queridos hijos.

—¡Su hijo es el más bondadoso de los hombres... y su hija... un ángel!

Esto diciendo, el guapo *cow-boy* dirigió la vista al través del ventanal, y nunca le había parecido tan

hermoso el cielo del Oeste, tan bella la pampa, tan majestuosas las montañas, tan alegre la vida...

Inconscientemente una sonrisa de felicidad iluminó sus varoniles facciones...

—¡Cómo! Tan vergonzoso es el motivo de tu interior júbilo...

—¡Sí, señor! Es muy vergonzoso...

—¡Quiero saberlo! ¡Convénce-me!



Jack Gers, el arrogante e indómito caballista...

—¿Por qué sonríes, Jack? — le preguntó sonriendo, a su vez, el señor O'Brien.

—¡No podría, no sabría decirse-lo! —balbuceó el *cow-boy*.

—¡Inténtalo!

—¡Además, no debo decirlo!

—¡No, señor! Soy tan indigno, tan miserable, tan insignificante...

Perplejo y turbado, el ranchero O'Brien murmuró:

—¡La verdad es que no saciarás mi curiosidad hablando de ese modo! ¡Yo quisiera que te expresa-

ras con idéntica diafanidad a la que hasta ahora ha habido en tus actos, tan valerosos y nobles!...

—¡Estoy hablando con una claridad completa, pero usted no acierta a comprenderme! Estoy diciendo que un pobre diablo como yo, un rudo y casi salvaje hijo del desierto, a quienes ustedes conocieron cuando era un vagabundo, un iluso comediante, no merece la inmensa dicha de que la criatura más hermosa y perfecta del mundo, que es su hija, hable de él con elogio...

»¿Me comprende usted ahora?

—¡Ciertamente! Y por lo tanto, ahora mismo voy a sacarte del error en que estás, porque ahora mismo voy en busca de mi hija y de sus propios labios...

El ranchero se interrumpió porque en aquel momento una voz que parecía un divino murmullo preguntó:

—¿Puedo entrar, papá?

Sonrióse bonachonamente el señor O'Brien al ver la encantadora figura de su hija en el umbral del aposento, indecisa y con el bellísimo rostro encendido de rubor.

—¡Flora! ¡Hija mía! ¡Acércate!

Obedeció la hechicera muchacha.

—¡Dile a este hombre valeroso y digno y honrado, a este ejemplo de caballeros las palabras que hace una hora me decías a mí hablando de él! ¡Repíteselas, dulce tesoro!

Jamás pudo recordar de un modo cierto el *cow-boy* Jack Gers lo que le aconteció entonces, ni supo explicar tampoco lo que dijo, arrojado a las plantas de aquella hada de incomparable belleza, ni lo que sintió cuando aquellas manos le acariciaron la rizada y oscura cabellera y la música inefable de su voz cuando le llamó:

—¡Jack!

VI

La sombra de una tragedia ensombreció al día siguiente el radiante cielo de aquella dicha innarrable.

El odio de los Kenton proseguía su obra funesta en la sombra.

Habían jurado desembarazarse del *Fantasma del Rancho*, como llamaban a Jack e intentaron cumplir su juramento.

Galopaba nuestro héroe por el fondo de un desfiladero, de regreso a la finca de O'Brien, cuando le salieron al paso cinco jinetes.

Tres de ellos eran hermanos, los Kenton; los dos restantes eran *cow-boys*.

No hablaron los labios una palabra, sino las armas; tres de los rivales de Gers quedaron sin vida en el terrible encuentro, y en cuanto al indomable *cow-boy* recibió dos balazos, uno en el brazo izquierdo y otro en la pierna del mismo lado, sin que ninguna de esas heridas revistiese gravedad.

Entre los caídos figuraba un Kenton; probablemente los otros dos habrían sucumbido de no huir al galope de sus caballos.

Apenas los fugitivos pisaron el camino vieron al *sherif* de la comarca que, acompañado de seis subordinados, regresaba a la población donde residía.

Los Kenton, mintiendo por supuesto, le refirieron la tragedia en que habían tomado parte, y Jack Gers fué apresado y conducido a la cárcel.

A la madrugada siguiente, que a la enamorada Flora sorprendióla

vestida y angustiada por los más lúgubres presentimientos, recibióse en el rancho de los O'Brien el siguiente telegrama:

«Jack Gers encarcelado como asesino. Será ahorcado dentro de ocho días.»

Firmaba estas líneas el *sherif*.

Un grito que nada tenía de humano salió de la garganta de Flora al leerlas.

—¡Padre mío! ¡Hay que salvarlo!

—¡Sí, hija mía! — respondió el viejo O'Brien—. ¡Emplearé gusto todo mi caudal en librar de la horca la vida de Jack!

Seguidamente padre e hijo, en el *auto* guiado por Renato, se dirigieron a la población donde residía el *sherif*.

Se entrevistaron con éste y lo que les dijo lo oyó horrorizado el amante corazón de Flora.

En opinión de aquel representante de la autoridad, todo cuanto hiciesen resultaría vano.

Gers no tenía salvación posible. La terrible justicia de aquel país no podía perdonar al matador de tres hombres.

Al culpable se le había trasladado a muchas millas de allí al Estado de Nuevo Méjico, cuyo gobernador firmaría la sentencia de muerte...

Flora, con la noche y la muerte

en el alma, rogó a su padre y a su hermano que la llevasen a presencia de aquel gobernador...

Lo que puede el amor de una mujer no es posible ni imaginarlo... Y si a este amor se une el poder del oro, ¿quién logrará resistirlo?

VII

Llegamos al final de esta verídica historia. Han pasado cuatro días. Al siguiente si el amor y el oro no han logrado salvar a Gers, éste será ahorcado...

Es de noche... Una mujer joven se halla en el extremo de cierta calle, paseando cerca de un *auto* cuyo motor jadea roncamente... De pronto se detiene ahogando un grito. Una elevada silueta acaba de salir por una puerta y avanza calle adelante, como una sombra más densa en las sombras que la envuelven... La silueta se detiene de improviso al poco rato, sorprendida, perpleja, y pregunta en la obscuridad:

—¿Quién va?

—¡Yo, Flora!

—¡Tú!

—Sí; la mujer que te quiere más que a su propia vida...

Y las dos sombras se abrazan y se besan, y ríen y lloran, y creen percibir en las tinieblas el jubiloso latir de unas alas blancas.

F I N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

DE CARA A LA MUERTE

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 13. El «Pirata del Desierto». |
| 2. Contra viento y marea. | 14. El crimen ignorado. |
| 3. El valle del misterio. | 15. La ley del revólver. |
| 4. El rey de los jinetes. | 16. El «Guapo del rancho K.» |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 17. Los falsificadores. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 7. La ley del tortazo. | 19. Veloz como el rayo. |
| 8. El culpable. | 20. Perdido en el desierto. |
| 9. De señorito a vaquero. | 21. Los cuatreros. |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 11. Ladrones de ganado. | 23. Por defender a una mujer. |
| 12. El valiente. | |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccione usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica
Calle de Londres, 188 BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona